



Janis canta una canción



COLECCIÓN PLANETA AZUL

Janis canta una canción

© del texto,
Lorena Fuentes Cannobbio, 2017

© de las ilustraciones,
Andrea Pizarro, 2017

© Editorial Planeta Chilena S.A., 2017
Av. Andrés Bello 2115, piso 8,
Providencia, Santiago de Chile.
www.planetalector.cl
www.editorialplaneta.cl

Primera edición | agosto 2017
ISBN | 978-956-360-273-9
Número de inscripción | 279087
Impreso en Chile / Printed in Chile

Diseño de colección
María de los Ángeles Vargas T.

Ninguna parte de esta publicación,
incluido el diseño de la portada,
puede ser reproducida, almacenada
o transmitida en manera alguna ni
por ningún medio, sin permiso previo
por escrito del editor.

**El libro original protege el trabajo
del autor, diseñador y del equipo
editorial. Comprar el original es
respetar ese trabajo. No fomentes
el delito de la piratería.**

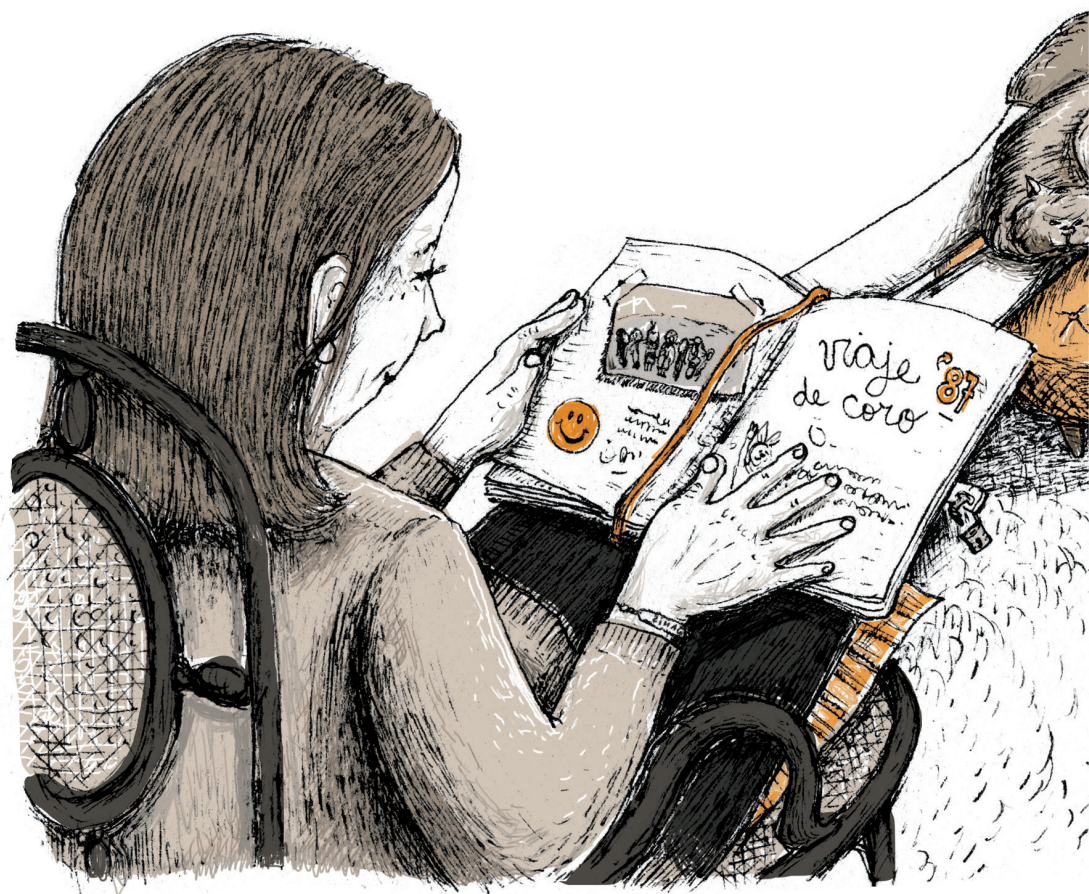
Janis canta una canción

LORENA FUENTES CANNOBBIO

Ilustraciones de **Andrea Pizarro**



Planetalector
Literatura Infantil y Juvenil



En la casa de mis papás encontré los diarios de vida que escribía cuando era niña. Acostumbraba a ponerles fecha. Por ejemplo, este es de 1987 y narra mis aventuras para ingresar al coro del colegio. Tenía diez años y quería ser cantante...

En ese tiempo todo era distinto. No existía internet, así que no podías buscar las canciones que te gustaban en YouTube: tenías que escuchar por horas la radio y esperar que tocaran esa canción que tanto te gustaba. La otra opción



era llamar por teléfono para pedir-la. Si querías grabarla, tenías que poner un casete en el equipo de música y apretar las teclas Rec y Play al mismo tiempo y la canción se guardaba en esa mágica cajita. El problema era que, la mayoría de las veces, el locutor decía el nombre de la radioemisora cuando la canción estaba empezando y te la echaba a perder. ¡¿Quién querría escuchar una canción de Los Beatles con una voz superpuesta que dijera “Radio Femeniiiiiiiiina”?!

Tampoco existía el TV cable, así que solo teníamos los canales nacionales. Ni soñar con los celulares, solo existía el teléfono fijo de la casa, y cuando llegó el inalámbrico fue una verdadera revolución, ¡podíamos hablar a escondidas! Aunque a veces eso resultaba un arma de doble filo, ya que cualquiera podía levantar el

auricular del otro teléfono y husmear tu conversación.

Y para viajar a Santiago desde Concepción —donde he vivido toda mi vida— se acostumbraba hacerlo en tren. Todo era más lejano y menos conectado que hoy. De hecho, para comunicarnos con amigos o familiares de otras partes nos enviábamos cartas y teníamos que esperar días para recibir una respuesta.

En fin, una época muy diferente a la de hoy, que podrán revivir a través de este antiguo diario en el que cuento mi odisea para participar de un encuentro de coro interescolar. Una experiencia que me dejó más de una enseñanza para la vida...

10 de marzo

Me parece entretenido jugar con la voz: es como si la llevaras a una cumbre y después la dejaras caer en picada. El profesor de música es un experto en eso. Me encanta escuchar cómo va haciendo ascensos y descensos solo con su voz.

—Ya, niños, empecemos a subir desde abajo —nos dice el señor Omar, nuestro profe de música—: *Do, Re, Mi, Fa, Sol, La, Si, Dooo...* Y ahora, empecemos a bajar: *Sol, Fa, Mi, Re, Dooo.*

Diría, eso sí, que no canta muy bien, pero vaya que le pone empeño. El profe es un señor de bigote grueso y un tanto panzón. Nos hace

sentarnos en unas escalinatas de madera, en el fondo de la sala, y nos enseña las notas musicales, pero nunca he logrado entenderlas bien. Conozco algunas; la corchea, por ejemplo, es esa que se dibuja con una bufanda en el cuello, y si la juntas con otras, te queda como una linda peineta.



A veces también viene a la sala una profe gringa, miss Saffery, que con sus dedos flacos y largos dibuja melodías sobre el piano. La canción que más nos hace disfrutar es la de una araña que sube y sube por su tela:

*La pequeña araña en un tubo se subió.
Comenzó la lluvia y el suelo la arrastró,
luego salió el sol y la lluvia evaporó
y la pequeña araña de nuevo se subió.*



Miss Saffery es muy distinguida y a la vez muy graciosa. Con su pelo color humo, parece haberse escapado de un cuento inglés. Siempre estoy contando anécdotas de ella a mis papás, por eso en casa me bautizaron como la «Safrita», ya casi ni me dicen Janis. A mí me gusta ese sobrenombre. ¡Qué daría yo por tocar el piano así! Aunque prefiero mil veces cantar. Por ahora lo hago tímidamente en clases de música, y con mucha más energía bajo la ducha. Ahí es cuando más lustre le saco a mi voz. ¡Cuando estoy con el champú en el pelo parezco cantante de ópera!

Miss Saffery con el profe de música nos enseñaron una canción —que es en inglés y en español— que se llama “Canta”. La letra dice que todos debiésemos cantar, sin preocuparnos tanto de que a los demás no les guste cómo lo hagamos. A mí la letra me vino de perilla, porque la Vale, mi hermana mayor, dice que soy desafinada, que mejor me guarde las canciones para mis adentros.

El otro día me grabé en un casete que encontré en su pieza para escucharme y ver

si era verdad que tengo tan mala voz. Mi hermana casi me mata, dijo que era un casete de Los Prisioneros. Yo ni sé quiénes son ellos, pero me cayeron bien porque no se enojaron (más se enojó mi hermana). La verdad es que quedó espantoso, aparecen esos prisioneros amigos de mi hermana y cantan sobre un tren al sur... luego se detienen y aparece yo. Claro que yo canté así nomás, en cambio ellos tenían guitarras y baterías de fondo. ¡Así cualquiera!

Más allá de lo critica que es mi hermana, adoro la música. Por eso me ilusioné cuando Bárbara —mi mejor amiga— me contó que iban a formar un club de coro para participar en una competencia en Santiago, a la que irán colegios de todo Chile a mostrar sus talentos. Sería espectacular poder ir; primero, porque me gusta cantar, y segundo, porque no conozco Santiago. Tengo una prima que es de allá y siempre me cuenta que es gigante. Según ella, hay un tren que anda bajo tierra y que te lleva a todas partes. También dice que hay un centro comercial con escaleras que suben y bajan

solas. No sé si serán mágicas o qué, pero mi papá me dijo que es verdad. Tengo la idea de que pararse al costado de un edificio de allá debe hacerte sentir como una hormiguita.

Soy del sur (bueno, ni tanto, pero de Concepción, y eso es bastante sureño para los santiaguinos). Esta ciudad parece más pueblo que otra cosa. Aquí todos se conocen, hacen el pedido en el negocio de la esquina y lo más probable es que tu papá conozca al papá o a la mamá del chico que te gusta. Es como si todos fuéramos una gran familia, o como dicen algunos, “Concepción es un pañuelo”.

15 de abril

Un día lluvioso —como casi todos los de abril— la profesora jefe nos llevó a la sala de música y, junto con el señor Omar, nos contaron lo del club de coro. ¡Era verdad! Le pusieron mucha formalidad al asunto:

—Vamos a probar sus voces con el siguiente ejercicio —dijo el profe de música—: La, la, la, la, laaaa... —empezó a jugar con ese monosílabo, subiendo y bajando, como solo a él le gusta hacerlo. Y nosotros lo seguíamos de arriba abajo—: La, la, la, la, la, la, la, laaaa...

Miss Saffery se sumó con el piano y salvó a los más perdidos... y a los más desafinados. Estábamos en eso cuando sonó el timbre tres veces, avisando que algo malo estaba pasando. El señor Omar nos formó rápidamente en la entrada de la sala para salir, pero miss Saffery seguía tocando el piano como poseída. Fue ahí que nos enteramos de que se estaba quedando sorda, porque el profe le gritaba una y otra vez que parara, que había que irse, pero la miss seguía dale que dale con el piano. A muchos les causó gracia (a mí también un poquito), pero a la larga me dio pena pensar que quizás, en un tiempo más, ya no podría seguir tocando.

Cuando salimos nos dimos cuenta que se había armado una gran batahola, todos estaban asustados corriendo de acá para allá y de allá para acá (dependiendo de dónde estuviera cada uno).

—¿Sintieron el temblor? ¿De cuánto habrá sido? —le preguntó la profe de ciencias al profe de música.

—¡Ni lo sentimos! Como la sala de música es de madera, parece que se movió como si estuviéramos en un submarino —dijo el profe.

Yo pensé que era porque estábamos tan entretenidos con el “La, la, la, laaa...” que ni nos dimos cuenta... Habría sido genial que hubiéramos estado cantando el “Submarino amarillo” de Los Beatles cuando tembló.

A los grandes parece asustarles más que a los chicos esta cosa de los temblores. Sobre todo a las profesoras. Algunas tenían cara de haber visto a un fantasma. La profesora jefe nos explicó que eso es porque muchos ya vivieron un terremoto, el del año 1960 en Valdivia. Siempre dicen que fue “devastador”. Al principio ni sabía lo que quería decir esa palabra, pero luego, cuando nos contó todo lo que sucedió esa vez, me pude hacer una idea. Debe ser algo cercano a lo horroroso.

Esta vez tuvimos suerte, porque no pasó a mayores y, a decir verdad, a mí me ayudó mucho: con todo el *show* del temblor, el profe

